

Caudete (Teruel) 15-3-1722, Zaragoza 25-2-1797

El P. Bernardo Pobo nació en Caudete (Teruel) en 1722. Vistió el hábito escolapio en Alcañiz en 1739 y allí mismo profesó en 1741. Se distinguió como profesor de retórica y humanidades. Dedicó muchas horas al confesonario, con provecho de los fieles. Y fue procurador diligente de los intereses del colegio de Zaragoza y aún de toda la Provincia. Celebrada la eucaristía y estando con sus alumnos en clase, sufrió un ataque de apoplejía que le llevó al sepulcro en 1797. Ofrecemos las primeras páginas de su “Sacrificios del amor y las finezas de la lealtad en la gloriosa, plausible y deseada aclamación de N. Católico Rey y Augusto Monarca Don Carlos III de las Españas, ejecutada por la muy noble y muy leal Ciudad de Barbastro en los días 11, 12, 13 y 14 de noviembre de 1959”.¹

INTRODUCCIÓN
CON APARIENCIA DE PRÓLOGO

Antes que nos engolfemos en alta mar, debe quedar advertido el discreto Lector de la intención y el fin de esta empresa, o de este impreso. Sea pues a todos manifiesto que cuando en este papel se dijere tiene por blanco aplaudir el acierto, la elección y desempeño de la ciudad de Barbastro en haber celebrado con el mayor lucimiento la gloriosa programación de nuestro Rey y Señor D. CARLOS TERCERO, que Dios guarde. Pero como en semejantes casos es preciso añadir un granito de sal para que no esté del todo insulsa la narración, se usa tal vez de expresiones menos serias para estimular el apetito de los lectores fastidiosos. Estamos en un tiempo en que gusta poco lo serio, lo grave y lo maduro y pican el gusto de las jocosidades, fruslerías y chufletas. Hablando de su tiempo, el S. D. Publio Ovidio Nasón, Caballero Veinticuatro o Centumviro de Roma, dice que el siglo de oro no es el que fingieron los Poetas allá en la primera edad del mundo, sino que el tiempo en que su Merced vivía era verdaderamente el siglo de oro. Pero yo con su licencia digo, que nuestro siglo, sin embargo de los muchos yerros que en él se fraguan, es tan de oro como el que más, pues pasan y son moneda corriente los doblones, y el que los tiene es hermoso, galán, discreto y noble, que por eso se dijo: *Gran caballero es Don Dinero*. Y no sé si más al intento diga que es también nuestra edad ridícula y chocarrera, que no gustan ya los Heráclitos llorones sino los Demócritos risueños. Por tanto, con el permiso del Señor Nasón haré de su dorado dístico esta trova:

*Ridicula est vere nostra aetate, plurima risu
Laus venit, & risu conciliatur amor.*

Y añadido que en la era presente ninguno puede trillar a gusto de todos, porque un estilo quiere el culto, otro el relamido; los hombres antiguos gustan del lenguaje puro, castizo y natural; los modernos quieren estilo de moda, petimetre y bien peinado. De suerte que los estilos han de ser como los zapatos, a la medida del gusto de cada uno, para lo cual habíamos de retroceder al tiempo de los Apóstoles, que *loquebatur variis linguis*. Pues paciencia, lector mío, que lo serás si me lees, y tomar el estilo como venga, sea crespo o blondo, familiar o casero. Y adiós, hasta la vista.

I

Contenta vivía España con su buena suerte en el glorioso reinado de Fernando VI, que esté en gloria. Gozó de una paz octaviana todo el tiempo que empuñó el cetro este pacífico Príncipe. Se adelantaron las Artes y el Comercio, se erigieron nuevas Fábricas con Real Munificencia. Dígalo la nueva ciudad de San Fernando, fundada a expensas del Real Erario para común utilidad de la Nación Española. En ella se fabrican preciosos paños, con tanta delicadeza y primor como en Inglaterra y Holanda. Pero ¡oh inconstante fortuna, y cuán presto truecas en lamento las alegrías humanas! Cortó la Parca del hilo de la vida de nuestro Católico Monarca, y arrastraban los vasallos lúgubres bayetas, indicios de la triste tela que vestían los corazones, los cuales, para no anegarse en el golfo de la tristeza, daban algún desahogo a la pena por el conducto de los ojos. Pero si llevó Dios a mejor vida a Fernando, quedó en el Mundo un verdadero retrato de sus

¹ Archivo Provincial de Emaús, Papeles Varios, 11/13, m. 35 pág.

virtudes, las cuales servirán de glorioso monumento de su fama, y a sus cenizas servirá de epitafio el breve elogio de este dístico.

*Ad superos abiit Rex Justus, Pacis amator
FERNANDUS VI. Cetera Fama canet.*

Copió Fernando a sus costumbres bellas
de la esfera esplendores celestiales,
dejando su virtud ilustres huellas
que imprimirá la Fama en los Anales.
A la región voló de las estrellas,
por no pagar tributo a los mortales;
viva, pues, largos siglos su memoria
y reine eternidades en la Gloria.

Huérfana quedó España sin su amado Rey y Padre, solo respiraba con la memoria del dignísimo sucesor que la venía, de quien ya la fama había divulgado tales maravillas, que no podía el deseo fingirse Rey más prudente, más justo, más advertido, más político y más cabal en todas aquellas prendas que componen un héroe famoso. Estos anuncios daban algunas treguas al común sentimiento, y podemos decir que eran crepúsculos de la Aurora que anunciaban la proximidad del día más feliz para estos Reinos. La esperanza que consolaba a los españoles era tormento para las Dos Sicilias, que habían gozado tantos años de la dulce presencia de sus Majestades, y ahora comenzaban a sentir los disgustos de la ausencia. ¿Y cómo podían dejar de sentirla, sabiendo por experiencia cuán acertadas habían sido las máximas de un Rey que guardó justicia, hizo observar las leyes, premió virtudes y castigó delitos con tanta moderación y suavidad que no sentían el yugo los mismos que lo llevaban, porque lo hacía ligero la bondad del Dominante? Solía en otros tiempos titubear la fidelidad (si no es falso testimonio), pero en el tiempo de CARLOS ni aún por sombras se vio la cara de la discordia, porque era el iris que se frenaba las tempestades. No es mucho, pues, llorasen aquellos leales vasallos su partida, y que al despedirse de CARLOS gimiesen los hombres y las mujeres, los nobles y los plebeyos, y aun las peñas, los riscos y los montes, según lo refiere un testigo abonado en esta declaración:

*Ad mare dum venti Regem, classemque vocarent,
Scilla dedit gemitus, moesta Charybdis erat.
Ingemuit residens excelsa sede Pelorus,
Flens Lilybaeus mons, flensque Pachinus erat.
Discessum Caroli flerunt hominisque, feraeque,
Terra suas lacrimas fudit, & unda suas.*

Sicilia toda se deshace en llanto,
porque sus Majestades se le ausentan;
y las peñas y riscos lloran tanto,
que al Golfo los cristales acrecientan.
El Peloro y Pachino negro manto
desde sus cumbres con dolor ostentan;
y aún Escila y Caribdis con ladridos,
siendo monstruos, dan muestras de afligidos.

II

Embarcáronse sus Majestades, que Dios guarde, y aquí viene bien el *Dios guarde*, porque si en todas partes hay peligros, en el mar son más ordinarios, y puede decirse que los que navegan van con la muerte en los dientes, por no haber más distancia entre la tumba y el catre que la frágil tabla del navío. Pero nunca espantaron a CARLOS los peligros ni las borrascas, porque su corazón magnánimo sabe despreciar los riesgos, y parece que el mar estaba en leche, porque Neptuno, señor despótico de las aguas y de los monstruos marinos, mandó a todos sus súbditos que respetasen con la mayor reverencia a los Soberanos Huéspedes que transitaban por los Reinos y Señoríos de su Majestad *Acuática*. Pero esto tiene visos de fábula o de lisonja, y así me retracto de lo dicho, y digo que el verdadero Dios Omnipotente echó su bendición a la Real Familia y

serenó los mares para que tuviesen feliz viaje. Ya resonaban en España los ecos de esta venida, y se hacían siglos los instantes que se retardaba. Impacientes de la dilatación, los montes levantaron la cabeza, para ver si descubrían la Flota, y como el Excelentísimo S. D. Pirineo de Pirineis es Grande de España de primera magnitud, y el más antiguo y famoso por la Nobleza de su elevación y por los dilatados Dominios de la Cordillera, se dice que se puso de puntillas y alargó el cuello, a fin de descubrir la Real Armada, y habiéndola avistado de muy lejos, dio aviso a los otros montes para que viniesen a verla. Así lo cantó quien dijo:

*Cum modo ad Hesperias remearet Carolus ondas,
Et quateret reduces litoris unda rates,
Laetitia exultans caput extulit Pyraene,
Dixit, & a summo vertice: Roma veni.
Inde tuens altis surgentem collibus Haemum,
Intonuit rursum : Thracia terra veni.
Tum mare prospiciens, ubi definit altus Oaxes,
Clamavit simili murmure: Creta veni.
Ostendam vobis Regem, quem jure putabis,
Roma Numam, Martem Thracia, Creta Jovem.*

Cuando de España el puerto deseado
buscaba a CARLOS en velera Armada,
portátil Corte, siempre venerada
del espumoso Reino, aun alterado;
el monte Pirineo alborozado
a la cumbre subió más empinada;
a Roma llama, a Tracia coronada
con el Hemo, su monte celebrado.
Vuelto al Oajes, que la Creta baña,
y al mar le rinda a su tributo undoso,
dijo también a Creta que viniera;
Llegad, dice, veréis a un Rey de España,
que en Roma Numa, en Tracia belicoso
Marte, y en Creta Jove ser pudiera.

Por ese tiempo concurrían a Barcelona, donde había de ser el desembarco, gentes de todas clases y jerarquías, Grandes y pequeños de España, que no han de ser todos Mayoristas y Medianistas, también han de ir a esta Procesión los Menores, los Mínimos, los Zaqueos y los Cositas. Era Barcelona otra Jerusalén antigua, donde se hallaban Prosélitos, Cretenses, Árabes, Partos, Medos y Elamitas, menos Judíos, que no los permite la Nación, aunque por aquellos días pudieran tolerarse, por ser gente de espera, y porque todos esperaban a nuestro amado Rey y Señor. No faltó un Toledano, que acordándose de la fiesta de la O que se celebra en la Santa Iglesia de Toledo con grande aparato, le ocurrió si se celebraba entonces en Barcelona, que bien pudiera suceder (por ser distintas diócesis) que se celebrase allí en octubre lo que en Toledo en diciembre. Sea lo que fuere, las repetidas voces que oía le dieron fundamento para esa duda, porque en plazas, en calles y en paseos solo se escuchaba: ¡Oh!, ¿cuándo vendrá? ¡Oh, lo que tarda! ¡Oh, lo que se detiene! Todo era oes y exclamaciones, como allá: *In illo tempore* los deseos de los antiguos Patriarcas: *O, Rex Gentium...veni, & noli tardare*. Por fin quiso Dios que llegase el aviso que la Real Armada dio fondo en aquella playa. Aquí fueron las alegrías y regocijos, aquí el discurrir gentes, tropezando unos con otros los concursos: *Magnae multitudinis concursus & oculus*. Luego corrió la voz que sus Majestades no desembarcaban hasta la mañana siguiente, y quisieran muchos ser Josué para detener el sol y acelerar con su luz el desembarco. Uno de los que estaban en el muelle, algo aficionado a las musas, recitó este Epigrama de Marcial, que, con alusión a la presente circunstancia, *mutatis mutandis* dice así:

*Phosphore redde diem: quid guadia nostra moraris?
Regis ad ingressum, Phosphore redde diem,*

*tarda tamen nitidae non cedunt sidera luci,
et cupit Hispanum Luna videre Ducem.
CAROLE nocte veni; nocturno tempore namque
Non deerit populo, TE veniente dies.*

Vuelve Lucero el día,
no quieras retardar nuestra alegría;
mira que CARLOS ha de entrar mañana,
salga tu luz más clara y más temprana.
Según tarda la Flota me imagino
que el mar al Rey detiene en el camino,
y que la Luna en su nocturno coche,
por verle hace durar siglos la noche.
Mas aunque noche sea,
Entra, CARLOS, que España te desea;
que no le faltará si TÚ entrar quieres
alegre día al pueblo, pues Sol eres.

Salieron a tierra sus Majestades y la Augusta Familia el día 17 de octubre, día fausto y memorable, fueron recibidos al ruidoso estruendo de la artillería, con todas las demostraciones de la lealtad y el cariño. De Barcelona vino nuevo Sol de CARLOS a iluminar el hemisferio aragonés en la Imperial Ciudad de Zaragoza, donde no sé qué constelación de benigno influjo para este Reino detuvo a nuestros Soberanos, no tanto como quisieran sus fieles moradores (pues así no sería la mansión temporal, sino eterna), pero los detuvo más tiempo de lo que se había imaginado el deseo, y debe celebrarse como no esperada esta dicha. Lograron los aragoneses durante esta mansión ver muchas veces a sus Majestades, con tanta satisfacción del gusto, que, si caben glorias en la tierra, estaban como en la Gloria los que vivían en Zaragoza. Celebraba el Pueblo las nobles prendas de su Rey, que, sin olvidar el decoro de la Majestad, manifestaba en el semblante el más poderoso atractivo del agrado. Ponderaban la Real condescendencia, que desde la cumbre más elevada del Trono se humanaba a dar audiencia al vasallo más desvalido. Algunos preciados de Políticos y Estadistas querían penetrar con el discurso los arcanos del Gabinete, y llevados de no sé qué entusiasmo poético, componían en tono de profecía algunos versos, y entre otros llegó a mis oídos esta décima:

Se eslabona una cadena
de saludables aciertos,
y tendrán los desconciertos
su merecido y su pena.
La Monarquía se ordena
De prima y cuatro menores,
y los Examinadores
dicen que su Majestad
celebrará a Navidad
otras Órdenes Mayores.

Razón será que, teniendo tan cerca nuestra Reina y Señora Doña MARÍA AMELIA, digamos algo de lo mucho que publica la fama de sus raras prendas, nunca bastantemente aplaudidas. Pero ¿qué he de decir? ¿Celebraré su singular hermosura natural y sin artificio? más esta es alabanza muy común, y nada tienen de común en las Majestades. ¿Elogiaré su perspicaz comprensión, su varonil constancia, su rara modestia, su aplicación sin igual, su gran discreción, su alma mayor que sus dominios, su real agrado, la soberanía sin ceño, la verdad sin melindres? Pero ni todo el agregado de estas prendas explican bien su perfección peregrina, porque todas ellas son cosas que se ven, y su Majestad es más por lo que oculta que por lo que a lo exterior manifiesta. Sea pues su mayor elogio ser digna Esposa de tan gran Monarca, y aunque nos rochemos algo con lo fabuloso, permita su real modestia que digamos lo que solamente puede decirse a una Reina de España. (...)